

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

# FILOSOFIA

Y

# LETRAS

*REVISTA DE LA FACULTAD  
DE FILOSOFIA Y LETRAS*

# 5

*ENERO-MARZO*

**1942**

*IMPRESA UNIVERSITARIA*

# FILOSOFÍA Y LETRAS

REVISTA DE LA FACULTAD DE  
FILOSOFÍA Y LETRAS DE LA  
UNIVERSIDAD N. DE MÉXICO.

PUBLICACION TRIMESTRAL

DIRECTOR:

*Eduardo García Maynez.*

Correspondencia y canje a Ribera de San Cosme 71.  
México, D. F.

Subscripción:

Anual (4 números)

En el país..... \$7.00

Exterior..... ds. 2.00

Número suelto..... \$2.00

Número atrasado..... \$3.00

## Sumario

FILOSOFIA		Págs.
		—
Clarence Finlayson . . . . .	<i>Algunas Meditaciones sobre la Teoría Escolástica del Conocimiento . . .</i>	11
Oswaldo Robles . . . . .	<i>Esquema de ontología tomista (III) .</i>	25
Heinz Werner . . . . .	<i>Interdependencia funcional de los sentidos en el organismo . . . . .</i>	35
LETRAS		
M. Berveiller . . . . .	<i>Influencias italianas en las comedias de Ben Jonson . . . . .</i>	51
Antonio Castro Leal . . . . .	<i>Juan Ruiz de Alarcón y la moral . . . . .</i>	73
HISTORIA		
Benjamín Jarnés . . . . .	<i>Perfil de Fernando el Político . . . . .</i>	83
Arthur Prudden Coleman . . . . .	<i>La cultura eslava . . . . .</i>	93
RESEÑAS BIBLIOGRAFICAS		
<i>Filosofía</i>		
J. Alvarez Pastor . . . . .	<i>Lecciones preliminares de filosofía. (Manuel García Morente.) . . .</i>	111
Juan Roura-Parella . . . . .	<i>Las tendencias fundamentales de la filosofía actual y otros ensayos. (Domingo Casanovas.) . . . .</i>	114

	Págs.
<i>Letras</i>	
F. Carmona Nenclares . . . . .	117
<i>Formación y proceso de la literatura venezolana.</i> (M. Picón-Salas.) . . . . .	
Francisco Giner de los Ríos . . . . .	121
<i>Literatura española. Siglo XX.</i> (Pedro Salinas.) . . . . .	
<i>Historia</i>	
José Rojas Garcidueñas . . . . .	125
<i>Apuntes para la historia del origen y desenvolvimiento del Regio Patronato Indiano, hasta 1857.</i> (Jesús García Gutiérrez.) . . . . .	
Rafael García Granados . . . . .	130
<i>Atrios y capillas abiertas en el Perú.</i> (Enrique Marco Dorta.) . . . . .	
Noticias . . . . .	133
Publicaciones recibidas . . . . .	135

## Perfil de Fernando el Político

*Su genio fué de los que maduran lentamente.*

TOMÁS WALSH

1

### *El desconocido*

Al querer trazar aquí —¡tan someramente!— un bosquejo del último rey de Aragón, Fernando V de España —generalmente llamado “el Católico”—, acude a nosotros el recuerdo de su tumba en la catedral de Granada. Vemos allí cómo —rígidas, con la doble rigidez de la muerte y de la piedra— dos testas coronadas, las de Fernando e Isabel, reposan en sendos cojines... He aquí los fundadores de España, los iniciadores del poderío mundial de España: ¿Por qué la cabeza de la reina se hunde en el cojín más profundamente que la cabeza del rey, como si ésta pesase menos que la de Isabel? ¿Por qué el sepulcro, la tierra, llama con más vehemencia a su seno a la gran reina?

Tal vez esto constituya algo más que un detalle; tal vez en ello asome tímidamente uno de esos sentidos profundos que con frecuencia escapan al mismo que los hizo visibles, palpables. Está lleno el arte de estos símbolos, de estas inesperadas troneras por donde se asoma la verdad histórica de los hombres y de los hechos. La genialidad brillante de Isabel de Castilla con frecuencia empaña, a los ojos de muchos atolondrados, la silente, la fértil, la discreta, la alguna vez cazorra genialidad de Fernando. Pero la historia con sus implacables lejanías va lentamente situando, en su

verdadero nivel, a su verdadera luz, figura tras figura. Nada sabe la historia de súbitas fulguraciones, sino de duros, de claros perfiles.

Pero ¿es que Fernando necesitaba de esas inexorables lejanías para quedar fijo en la historia como una grande y alta figura? No.

Ya —en aquel tiempo— Roma le proclama campeón de toda la Cristiandad, mientras Maquiavelo —que prefería “conversar sobre política con grandes genios en el infierno a aburrirse en el paraíso con miserables pícaros”— le proclama modelo de príncipes. Baltasar Gracián escribirá luego —por él y para él— su libro “El Político”...

Pero —también en aquel tiempo— comenzó pronto la ruindad a socavar las bases de la viva estatua de Fernando. En ese mismo libro, Gracián pudo escribir: “Arguye contradicción que los extranjeros le atribuyan todo lo malo y los españoles le nieguen todo lo bueno; aquéllos le acumulan las culpas, éstos le usurpan los aciertos... Notáronle también los propios algunas faltas, que no demasías. Lo cierto es que lo que en el un reino parecía extraño, en el otro un medio muy ajustado. Templó con su moderación la prodigalidad de dos reyes, sus predecesores; y si fué templado para con los otros, mucho más para consigo... Fué universal en talentos y singular en el de gobernar. Gran caudillo, gran consejero de sí mismo, gran juez, gran ecónomo, hasta gran prelado; pero máximo rey”.

Fernando escondía cuidadosamente sus relumbres, como escondía con frecuencia sus intentos. Pero su figura histórica no por ello deja de quedar potentemente iluminada. Crecerá en irradiación. Napoleón, al ver entusiasmarse a Maquiavelo ante las “extraordinarias” faenas del heroico rey aragonés, tiene buen cuidado de anotar: “No más que las mías”. Se iguala —él, rey de Europa— al rey de Aragón. Tal vez le envidia, cuando escribe: “Fernando fué más feliz que yo, o tuvo ocasiones más favorables...” (Léanse los comentarios del gran corso al libro maquiavélico.) ¿Quién —en la historia— podía nivelarse con Napoleón, a juicio de Napoleón? Sin duda Alejandro, César, Ciro...

Pero también Fernando. Napoleón necesita de una gran sacudida histórica —la revolución francesa— para ensayar sus artes de renovar Europa a sangre y fuego; Fernando no lucha con esa ventaja. Todo lo contrario: ha de iniciar él mismo esa renovación, frente a la historia petrificada, o depreciada por débiles monarcas. Antes de conquistas, además,

debe pensar en olvidadas reconquistas. Le dan un pedazo de España, y él la entrega, al morir, toda entera.

Es que su aprendizaje fué tan duro como había de ser flexible su vida magistral. Muy niño —recuérdese el episodio de Gerona— recibe la caricia, en un solo día, de cinco mil balas que le dedican los enemigos de su padre, a él y a la “Castellana Amazona”, su madre. La historia acaparó a Fernando desde niño, sin dejarle tiempo para jugar. Si preside unas Cortes —las de Zaragoza— a los trece años, es porque a esa misma edad recibe el mando de las tropas de Juan II, aunque razonablemente refunfuñe Francisco Vidal de Noya, su preceptor.

Aprendía Fernando su texto de historia, cuando ya en ella comenzaba a ser figura heroica. Alternativamente, iba a la escuela y al campamento. O convertía en escuela el campamento. Este niño de trece años había aprendido ya a decir: “Caballero os hago, en nombre de Dios”. Y a dar tres golpes de plano con la espada.

Unos hombres arrodillados reciben su credencial de caballeros de manos de un niño.

2

*El enamorado*

Un paisaje y un retrato. En estos días, el escritor aragonés José Llampayas comenzó así un libro acerca de Fernando II de Aragón y V de Castilla:

“Es el 4 de octubre de 1469, al caer de la tarde.

“Zaragoza, la foral, comenta las nuevas de Levante, mientras las nubes —con el destino— corren hacia poniente. Por atrios, porches, plazuelas, cuerpos de guardia y demás mentideros, se dice que el Príncipe va a partir en seguida para el cerco de Barcelona, en auxilio del Rey, su padre. Pero los bien informados —una docena— miran con inquietud cómo por la parte de Castilla se hincha, cubriendo el sol, un monstruo de vientre oscuro, rebordes luminosos y aspas flamígeras.

“Una de éstas, la más baja, enfilando un ventanal de la Aljafería, penetra, haz polvoriento, hasta el fondo de un gabinete, y destella en una panoplia. El brillo de las armas enciende los oros de un arcón y da lustre a las tallas de artesonados marcos y poltronas, difundiendo por las penum-

bras, donde se advierten almohadones y tapices, pálidas claridades. Reluce, pendiente del techo, una lámpara de bronce. Y, a la derecha de la ojiva, en un ángulo semivelado por el haz, entre una mesa y un respaldo de púrpura, sorprende la serena expresión de un joven de rostro atezado y mirada franca y viva, fuerte, que parece meditar mientras sus manos —unas manos finas, nerviosas— enrollan despacio un pergamino”.

El año anterior ha perdido a su madre —doña Juana Henríquez, la “Castellana Amazona”, la vigorosa walkiria trasplantada a Aragón—: una mujer ha abandonado al príncipe; otra le espera, también de Castilla, la vehemente princesa Isabel. Este pergamino es nada menos que el contrato matrimonial. ¿Por qué Fernando se compromete en él a no intervenir en los decretos promulgados por la reina? ¿A no conceder gracia alguna a Castilla por su propia autoridad? ¿A no disponer del menor cargo para sus fieles aragoneses? ¿A no mezclarse en el gobierno sin el beneplácito de Isabel?

Nada importa. Ni pergaminos firmados, ni siquiera sus derechos a la corona de Castilla. No quiere Fernando alegar nada, precipitar nada, soliviantar nada. No penetrará en el país castellano —donde el amor le aguarda—, precedido de sonoras trompetas y lujosos heraldos, por caminos reales, sino a campo traviesa, disfrazado de mozo de mulas. El, rey de Sicilia, hijo de Juan II —el vigoroso y heroico anciano—, preparará el pienso a las cabalgaduras de los fieles amigos que le acompañan en su callado viaje...

Nada importa. Se hará dueño de Castilla sin que nadie lo advierta; ensanchará Castilla sin que nadie se lo impida; la abandonada reconquista, él la reanudará y acabará; la patria de su madre doña Juana será también su patria, como lo es Zaragoza, como lo es Aragón.

Su sueño de niño belicoso —porque desde los diez años acompañó a su padre en las batallas— ¿no fué siempre conquistar la gran meseta peninsular? ¿Para qué las armas, para qué la violencia, si Castilla va a salirle al encuentro, si una linda joven “muy blanca e rubia, los ojos entre verde e azules, el mirar gracioso e honesto...” se la va a ofrecer en la palma de la mano, con su anillo de boda?

Los “ojos rientes” de Fernando no se encandilan ante la regia oferta. Tal vez le ofrecen lo que es suyo... Pero comienzan a otear nuevos paisajes. El ensanchará Castilla y ensanchará Aragón, al mismo tiempo.



## PERFIL DE FERNANDO EL POLITICO

Fernando es buen aragonés. Nació en Sos, fué bautizado en Zaragoza. Confía calladamente en que toda aquella arrogancia de la princesa Isabel, que le solicita por esposo, quedará pronto convertida en mansedumbre, en flexibilidad. Ella hizo uso de toda su libertad para solicitar a Fernando; pero Fernando hará uso de la suya para llegar —en el hogar y en la sala del trono— a una “costosa armonía”, como diría Enrique Heine.

El castellano es arrogante, es soberbio —piensa Fernando—; él será humilde. ¿Humilde? Sí, pero astuto. Porque el humilde no astuto, suele degenerar en tonto. Será concentrado, lento, contenido. “El soberbio lo es —dice Quevedo— porque sale de sí: el remedio es volver a sí mismo”. Fernando de Aragón vivirá vuelto hacia sí mismo. La mejor preparación para, al volverse hacia el mundo, envolverlo, dominarlo. Fernando quiere algo más que Castilla. Quiere España, quiere Europa, un continente... Más tarde serán dos.

El mundo de la política —que entonces se encrespa en Europa— está lleno de puñales desnudos. Pero Fernando, desde niño, aprendió el arte de andar entre cuchillos.

### 3

#### *El discreto*

No tardaron en desvanecerse aquellos meses románticos en que el amor de ambos príncipes se sobreponía a toda actividad política. Días de “amor desgraciado” fué llamada aquella etapa de la historia de Fernando e Isabel. Sólo contradicciones, reveses, podían entonces compartir; pero había de llegar la hora definitiva —y gloriosa—; la hora en que Fernando pusiese en juego todas las reservas de su astuta política no sólo exterior sino también doméstica.

Es entonces cuando subraya su verdadero perfil aragonés. Si desciende —en línea directa— de un Trastámara más antiguo que aquel del cual desciende Isabel, no quiere en ello apoyarse para desarrollar su programa. Si tiene más viejos derechos que la reina al trono castellano, no los alzaré como bandera. Prefiere escuchar delicadamente a Isabel que le hable “en nombre del cielo”, a mostrar un árbol genealógico que le hable en nombre de la tierra.

Fernando no fué a Castilla a aumentar sus enconos, a provocar rebel-días. El amor le llevó, su ambición ha de someterse a aquel amor...

Y comenzó una silenciosa —y constante— escaramuza entre dos fi-nas inteligencias, también entre dos vehemencias cordiales. Fernando ha-blaba poco; pero, cuando hablaba, sus frases brotaban —cada una— en-cendidas por una chispa genial. Fraternalmente enumeraba a Isabel las muchas dificultades que podrían presentársele a un monarca femenino... Podía darse el caso de que un obispo no se dignase contestar a su sobera-nas inteligencias, también entre dos vehemencias cordiales. Fernando ha-

Isabel sonreía ante aquellos consejos, pero ¿quién podía descifrar la mirada que se ocultaba tras de aquellos pesados párpados?

Fernando era dueño de una ciencia difícil: la de esperar. Al ver que no ejercía influencia decisiva sobre la reina, cambió su táctica. Manos amorosas y labios ardientes fueron sus nuevas armas, pero Isabel no su-cumbió tampoco a ellas: conocía sutilmente su difícil "oficio de rey".

Y en verdad era difícil gobernar aquella nación en extremo embro-llada que había heredado esta pareja, cuya rivalidad política nadie, apa-rentemente, sospechaba. Pero "aquella manera de tutela más bien que de dictadura que el genio político providencialmente suele ejercer en las so-ciedades anárquicas y desorganizadas, pocas veces se ha presentado en la Historia con tanta Majestad y tan fiero aparato de justicia" —nos dice Marcelino Menéndez y Pelayo en la "Historia de España", seleccionada en la obra del Maestro. (Madrid, 1934.)

Ella, firme y dura, convencida de que no era aquella hora de toleran-cia y de mansedumbre; él, valeroso y prudente; ambiciosos los dos, ocul-taron su rivalidad y consolidaron aquella nación en la que "no se ponía el sol". ¿Quién de los dos es más admirable? ¿Isabel, acallando toda su vehemencia femenina y la atracción sexual que ejercía sobre ella don Fer-nando, o él, dominando su altivez de varón, su amor propio de vástago de esforzados reyes?

Fernando, soldado desde niño, no es en esta época sólo "el político", sino también el estratega. No precisamente el instrumento de Isabel, aun-que sí su generalísimo. No —en fin— su "rey consorte", sino su caballero.

Su valiente caballero que conquista una corona y, con mano firme, la ciñe a las sienes de su fiel esposa que, de rodillas, da gracias al cielo.

Doña Isabel da gracias al cielo, pero don Fernando, asimismo pues-tos los ojos en lo alto, ¡qué reciamente afirma sus plantas en la tierra!

*El organizador*

Cuando un desconocido navegante genovés se acerca a ellos, la reina acepta, después de poner alguna resistencia, lo que aquel presunto loco ofrece. Pero don Fernando, siempre prudente, desconfía del proyecto. Eso sí, cuando cumple Colón con lo ofrecido, la reina añade un "trocito a su mapa" y Fernando un "número a sus súbditos". Sabe que tiene ahora responsabilidades para con más hombres y trata en seguida de "organizar lo de las Indias".

Preguntaba constantemente a Colón —es bien sabido— sobre la fertilidad de las tierras, el clima y el carácter de los indígenas. Fué el rey quien fomentó la colonización, no sólo con el señuelo del pasaje gratuito y el reparto de tierras, sino enviando artesanos y técnicos pagados por su gobierno para que les ayudasen en la empresa. La Casa de la Contratación fué obra suya y llegó a conocer los asuntos de las Indias como los de su propia Castilla.

Isabel descubrió América, pero Fernando puso la primera piedra de su conquista. Una conquista mesurada, piadosa, teniendo en cuenta al "hombre", no a la "tierra".

Oigamos a Tomás Walsh:

"Así como doña Isabel había descubierto un Nuevo Mundo en occidente, don Fernando, con su ayuda, sacó al genio español del aislamiento de la Península, y le llevó a intervenir en la escena de Europa, marchando triunfalmente por la senda peligrosa que conducía al Imperio. España habíase convertido, en un momento, en la primer potencia".

Tal vez sin proponérselo, Fernando colaboraba eficazmente con los conquistadores espirituales —Luis Vives, Miguel Servet, etc.—, que, en vez de dirigirse hacia América, se dirigían a Europa; no por afán de lucro material, sino por afán de nuevos horizontes espirituales.

Isabel quiere que su país sea, como su Castilla, plano y grandioso. Si se eleva una sinuosidad, una colina, una montaña, en su camino, quiere en seguida derribarla, arrasarla, emplear la temible apisonadora. Fernando ve el paisaje como su Aragón, montañoso y —a trechos— laberíntico, uno y muchos a la vez. Está acostumbrado a considerar detenidamente

cada zanja, cada obstáculo y rodearlo o saltar por encima, según el caso. Nunca se precipita, pesa y mide cada una de las posibilidades.

Su genio organizador tiene base muy sólida. “Hásc de pensar despacio y ejecutar de presto” —decía el Católico— y “Es la espera fruto de grandes corazones y muy fecunda en aciertos”. Estas dos sentencias nos lo pintan como lo que era: un genio equilibrado en contraposición con el genio dinámico de Isabel.

Don Fernando estaba dotado de valores no comunes al genio: la reserva y la prudencia. “En su vida privada manifestaba la misma prudente e impenetrable reserva con que obraba en la pública” —escribe Prescott—. Aunque Prescott atribuye esta prudencia a hipocresía. Sea como fuere, estos valores ¿no le llevaron al triunfo?

El pensamiento es parco en palabras y es Fernando un hombre de pensamiento, no de acción. Sus actos siempre son producto de su meditación y siempre están subordinados a un plan maduro de antemano. No es Fernando el aragonés brusco e ignorante que quieren ver en él la mayoría de las gentes; su preceptor Francisco Vidal de Noya, traductor de Salustio, le inició en las letras desde niño y, más tarde, Isabel le inculcó su afición a la ciencia y a la literatura. Las artes políticas se las habían regalado al nacer, como un regalo presente.

Estas artes políticas le llevaron a sacar a España de su aislamiento y a figurar en la escena europea, de donde estaba proscrita, en primer término. Es verdad que Isabel añadió a España un Nuevo Mundo en occidente, pero Fernando ayudó a su imperio a convertirse en la nación más poderosa del mundo, conquistando a Europa, y cimentando su poderío en las Indias.

“Ocupóse —dice Ricardo del Arco— de la construcción de puertos, caminos, templos y edificios públicos; de la ida de médicos y boticarios, de la explotación minera, de la hacienda, del lujo, de los mantenimientos y del comercio. Ahí están las colecciones legislativas que lo prueban”.

## 5

*El astuto*

“Si consideráis sus acciones —dice Maquiavelo— hallaréis siempre algo grande y extraordinario”. Detrás de cada una de sus acciones está

## PERFIL DE FERNANDO EL POLITICO

no sólo su astucia aragonesa, sino su genial inteligencia encauzada, es decir: su pensamiento. Su pensamiento de elaboración reposada, de expresión vivaz, cuajado en atinadas frases que pudieran componer el mejor catecismo del mejor gobernante, pero también del buen ciudadano. Decía:

“La detención sazona los aciertos y madura los secretos”.

O, también:

“Háse de pensar despacio y ejecutar de presto”.

En otra ocasión:

“En los hombres de poco corazón, no caben el tiempo ni el secreto...” Por caber en el suyo, la mente se le nutría de las más razonadas experiencias. Alguna vez pudo también decir:

“Esta España amasada por mis manos...”

Así era, efectivamente. Y, mientras la amasaba, no perdía de vista el resto del Viejo Mundo —y después el Nuevo— con el fin de que España, su España, mantuviese gallardamente su papel. De que lo mantuvo puede ofrecernos testimonios el embajador —e historiador— Guicciardini, que tantas ocasiones tuvo de ver y conocer de cerca a Fernando. “Observé —dice Guicciardini—, cuando era embajador en España cerca del rey don Fernando de Aragón, príncipe prudente y glorioso, que, al meditar una empresa nueva o algún negocio importante, lejos de anunciarlo primero para justificarlo en seguida, arreglábase hábilmente de modo que se dijera por las gentes: El rey debe hacer tal cosa y por estas o aquellas razones. Y entonces publicaba su resolución, diciendo que quería hacer lo que todo el mundo consideraba necesario; y parece increíble el favor y los elogios con que se acogían sus proyectos”. Quería que fuese España la que se anotase los triunfos. España e Isabel. Fernando prefería quedar oscurecido, quizá para actuar con más holgura.

Virilmente manejó la espada, sagazmente manejó la pluma. Poseía, pues, los dos mejores instrumentos de una buena política. Tal vez por eso, allá en Granada, su cabeza no se hunde en el cojín de piedra que se adivina mullido... Porque nunca ha pesado el pensamiento.

BENJAMÍN JARNÉS

### NOTA

Para la redacción de estas notas se han tenido presentes los libros que siguen: Oncken: “Historia Universal”. Lafuente: “Historia de España”. Maquiavelo: “El

B E N J A M I N J A R N E S

Príncipe". Baltasar Gracián: "El Político Fernando". Menéndez y Pelayo: "Historia de España" (seleccionada de su obra). Wittlin: "Isabel la Católica". Barón de Nervo: "Isabel la Católica". Luis Santa Marina: "Cisneros". José Llampayas: "Fernando el Católico". Las Casas: "Historia de las Indias". Guicciardini: "Viajes". Castelar: "Historia del descubrimiento de América". Prescott: "Historia del reino de Fernando e Isabel la Católica de España". Hernando del Pulgar: "Crónica de los Reyes Católicos". Zurita: "Anales". Barón de Humboldt: "Colón", etc.